

# Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica  
Antología 1917 - 2000

Ampuero  
Beleván  
Calderón-Fajardo  
Cueto  
Castro  
Dughi  
Fernández  
Iwasaki

## Capítulo 8

Ortega  
Oviedo  
Pollarollo  
Prochazka  
Ribeyro  
Sala  
Sánchez Aizcorbe  
Silva-Santisteban  
Thays  
Tord  
Vidal

Primera edición: abril de 2002

*Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento*

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

# LOS INQUILINOS

## I

Es cierto que el temblor había sido fuerte; volcó a todo Barranco a las calles, olvidando la avanzada hora de la noche y el frío que la densa neblina de agosto siempre condensaba hasta el amanecer. Y aunque don Isidro no hubiese creído que el remezón había sido tan enérgico (por eso se limitó a mirar por la ventana de su dormitorio a la gente en la calle, un tanto perplejo por falta de costumbre pero sin pensar en salir), lo cierto es que hasta llegó a ver a dos penitentes que, de rodillas en medio de la calzada, imploraban al Señor el perdón de sus pecados a la vez que elevaban al Todopoderoso sus plegarias para que aplacase de una vez su ira —contundente demostración popular cuando la ciudad sentía que un temblor desbordaba los límites razonables del mero susto—.

Sin embargo, como suele suceder en estas situaciones, en pocos minutos las casas recobraron a sus inquilinos no sin que estos comentaran antes, en acostumbrada comunión improvisada, la violencia del remezón, recordando tal vez de paso alguna oportunidad anterior cuando, en iguales circunstancias, vecinos que a veces ni se saludaban en el transcurrir normal de los días, sentían entonces, súbitamente, una gran afinidad al compartir una desgracia común.

Isidro Vidal volvió así a su cama y, antes de quedarse dormido, pensó en ese lado de las tragedias que a menudo reconcilian amistades quebradas, aunque fuese por breves instantes tal como lo había podido observar, momentos antes, al ver a don Hipólito, el tendero de la esquina, cambiando impresiones sobre lo acontecido con Néstor Labarthe, vecino común, cuando, tiempo atrás, un día, se habían jurado un odio mutuo que perduraría, según ellos, hasta más allá de los últimos estertores de la muerte.

La mañana se asomó por la ventana con un tímido rayo de sol poco frecuente en Barranco los días de invierno, pero fue un sorriso del clima suficientemente estimulante como para que don Isidro se levantara de buen pie. Se dirigió de inmediato a la cocina para cebarse un mate, costumbre que no había dejado de practicar a diario a pesar de los años transcurridos desde aquella vez en que su amigo Rey le había preguntado ¿Isidro, dónde vas?, y él le había contestado que no sé y se había alejado resueltamente en la noche por que deseaba volver solo, y



había en ese mismo instante determinado cambiar el rumbo de su vida y decidido que dejaría Buenos Aires para siempre y que se embarcaría en un vapor que llevara el nombre de su sacrificado hijo Isidorito (debía haber alguna nave con ese nombre, había pensado entonces, en este inmenso puerto sobre el Plata, se había dicho), sin importarle demasiado el rumbo y, así, había recalado en el Callao.

Se dijo que la mañana lo invitaba a salir y pensó entonces, una vez más, que su antigua costumbre de hablarse a sí mismo había alcanzado el límite de lo admisible, al sorprenderse, como acababa de hacerlo, hablándose en voz alta. De cualquier forma, se dijo, saldría a pasear un rato para verificar los posibles daños causados por el temblor de la noche anterior. (Y sin saber muy bien cómo —lo sabía, sí, en el fondo lo sabía, cada vez que se auscultaba a sí mismo le sucedía—, se encontró pensando en los jóvenes turcos y en la guerra del cerdo que los había empujado a él, a Jimmi, a los otros, a una prematura vejez, como a quien empujan dentro de un cuarto, le apagan la luz y le cierran la puerta para que no salga nunca más).

Ya en el baño, al fondo del pasadizo frente al que se alineaban las habitaciones solitarias del piso en el que vivía, se desentumeció de aquellos recuerdos con un poco de agua fresca en la cara y sobre sus ralos cabellos. Se pasó luego un cepillo enmarañado de pelos que yacía al lado de un jabón agrietado por el desuso y de un cepillo de dientes envejecido también por las mismas razones. Saliendo del baño se sobresaltó.

—Néstor, pero... ¡Qué hacés acá...! Cómo...

Su vecino y amigo, a medio vestir, empalideció aún más al verlo.

—Hombre, ¡habráse visto peor suerte que la mía! ¡Mi taller! —exclamó al tiempo que se iba sugestionando con su propia voz de víctima.

—¿Qué sucede? —le preguntó Vidal, confundido.

—Anoche. ¡El temblor! ¡Mi taller, hermano! ¡Todo al diablo! ¡Me tumbó todo! ¡Una pared entera! ¡Cayó sobre la mesa y mi máquina! Y ahora que mi colectivo está en el garaje. ¡Sin nada me quedo, ni un cachuelo!

Vidal había aprendido a distinguir que, cuando su amigo hablaba a tropezones, balbuceando, significaba que la situación se le había escapado de las manos o, por lo menos, que su desaliento lo ofuscaba por completo. Satisfecho así por esta nueva oportunidad que le permitiría una vez más demostrar su inalterable racionalidad, su cordura, su sensatez de viejo porteño (¿no la había acaso puesto a prueba anoche, al no precipitarse a la calle anoche?), dijo con voz pausada y gestos meditados:

—Calma, vamos. ¡Calma! Decíme primero cómo llegaste hasta aquí sin tocar la puerta, y luego decíme qué te ha pasado.

—Tu pared, Isidro —se apresuró en contestar Labarthe—, tu pared se vino al suelo, compadre —se apresuró en contestar Labarthe—, es decir mi pared, iven a verla! —se apresuró en contestar Labarthe mientras se dirigía al último cuarto, al fondo, al lado de la escalera que daba a la puerta, un dormitorio que Vidal había clausurado por innecesario, tal como lo había hecho con otras dos piezas adyacentes que no le servían.

Entraron.

Vidal, desconcertado, verificó el boquete que el temblor había efectivamente abierto al desprenderse gran parte del muro que mediaba entre la casa de Labarthe y la suya.

Caminaron entre los escombros, trozos de yeso despostillados y ladrillos color piedra, cruzaron el improvisado zaguán y entraron al taller de Labarthe.

Vidal suspiró, incómodo, como le sucedía siempre cuando se encontraba ante un hecho consumado, ante una situación sin remedio, frente a un acontecimiento que lo señalaba con un índice acusador, como burlándose de él. Pensó, sin embargo, que debía haber algún remedio, y lo pensó en voz alta, y Labarthe le preguntó qué quería decir.

—Y, bueno... ¡Mirá! No creo que tu máquina de coser esté averiada; ni lo demás. En todo caso... —y se paseó un momento por el cuarto medio destruido, como un agente de seguros inspeccionando los daños causados a su cliente.

Labarthe, de pie en un rincón, indefenso, parecía querer convencer a su amigo, sin palabras, sobre la pérdida que todo eso le significaba. Y allí de pie, indefenso, en un rincón, sin hablar, era efectivamente el desdichado cliente que buscaba un alivio a su infortunio en algún gesto o palabra del asegurador.

—Lo mejor es que te mudés a otra pieza, porque acá... ¡Mirá el techo, y esa otra pared! —sentenció Vidal mientras señalaba unos amenazadores pliegos y arrugas que —no había que pensarlo mucho— convertían el taller de Labarthe en lugar inhabitable.

—Pero dónde, compadre, idónde! —preguntó Labarthe angustiado—, isi hasta mis dos hijos, Isidorito y Ofelia, tienen que dormir juntos, mayores como son! —puntualizó Labarthe—. Tú lo sabes, ies casi indecente! —puntualizó Labarthe, la voz entrecortada.

Isidro Vidal sugirió entonces el cuarto adyacente suyo, el que había quedado naturalmente comunicado con aquél por el derrumbe de la pared, que en realidad no le servía y que su amigo Néstor bien podía utilizar mientras subsanaba los daños en su taller. Y de inmediato pasaron a la ardua tarea de desenterrar la máquina de coser y los demás utensilios y herramientas de la zapatería, y fueron trasladando todo a través del zaguán.

Esa noche, extenuado, recostado en su cama, recordando la fatigosa mudanza de la mañana ayudando a su amigo Néstor a desempolvar sus cosas de entre los escombros, no pensó Vidal que cederle esa pieza vacía a su amigo había sido cuestión de alternativa sino —como bien se dijo— una clara y pensada concepción que la amistad, más que sugerido, le había dictado. Buscó entonces, en el cielo raso de su habitación oscura, en uno de esos rincones iluminados tenuemente por la luz de la calle, como si buscara en algún rincón de su memoria, algunos recuerdos que avalaran y justificaran su decisión de entrometer en su propia casa a un extraño, por más amigo que fuese.

Y recordó entonces aquella noche en que, reunidos en el comedor de Néstor, alrededor de una estufa de kerosén, él y sus demás amigos lo habían velado al otro Labarthe, al Néstor Labarthe de la mesa de truco, todas las noches, en ese café de Canning frente a Plaza Las Heras, con los demás muchachos, el Labarthe que había sido inmolado en nombre de una absurda guerra del cerdo. Y recordó también a su hijo, Isidorito, a quien había realmente conocido tan poco y que, sin embargo, se había sacrificado por él, su padre. Se dijo entonces Vidal, y se lo dijo en voz alta, que el destino lo había ayudado, porque al decidir aquella noche de hacía tanto tiempo dejar para siempre su Buenos Aires natal y embarcarse, sin destino, en una nave que llevara el nombre de su hijo, ese otro destino, el que escapa a las decisiones humanas, lo había desembarcado en el Callao, de la mano lo había llevado a Barranco y lo había ubicado providencialmente en un piso que, para llegar a él, había que subir la escalera, seguir el corredor y subir la escalerita al entrepiso, puerta 5, justo como se alcanzaba el departamento de Nélidea, en Guatemala al llegar a Julián Alvarez, allá en Buenos Aires.

Pensó, pues, como buen creyente que respeta los designios que desencadenan las coincidencias de la vida, que al encontrarse, lejos de su patria, con tantas similitudes: un vecino, ahora amigo —por eso mismo amigo— llamado Néstor Labarthe, como aquél; uno de cuyos hijos se llamaba Isidorito, como el suyo; un departamento al cual se llegaba siguiendo un derrotero exactamente igual que para el de Nélidea; era una Gran Coincidencia por la que debía estar siempre agradecido. Y encontrando así una explicación a su buena acción del día, Isidro Vidal se quedó dormido.

La mañana lo despertó por ser una mañana tan sorprendentemente igual a tantas otras. (Se dijo mientras se dirigía, casi sonámbulo, a la cocina para cegar un mate, que era muy probable que estuviese, ahora sí, cruzando el umbral de la vejez, porque todo, hasta las mañanas más triviales, más exactamente iguales a otras tantas mañanas, ahora le sorprendían y hasta lo despertaban por su excepcionalidad).



Servido el mate, se sentó en una silla frente a la cocina, calentándose las manos y alisándose los cabellos con los dedos, y recordando que el día sí tenía algo de especial: había un nuevo inquilino en su casa.

Asomándose al pasadizo, antes de entrar al baño, miró hacia el fondo, satisfecho, como queriendo escuchar con la mirada algún ruido que identificara, allá en la pieza de la izquierda, a su amigo Néstor. Permaneció así varios minutos, expectante, hasta que el rumor de la máquina de coser le satisfizo su benigna curiosidad.

Se lavó la cara; orinó; se humedeció los cabellos; se vistió.

Al pasar frente a la pieza en la que estaba Néstor, aprestándose para salir a la calle, quiso entreabrir la puerta y observarlo, pero se dijo que lo interrumpiría y siguió su camino.

Salió a reconocer otros posibles daños que el temblor de la antenoche hubiera podido causar, misión que había postergado desde el día anterior para ayudar a Labarthe en su mudanza. Bajó por la avenida Grau hasta la plazuela de la Municipalidad. Cruzó la avenida Osma y se dirigió hacia los barrancos del malecón que asomaban a más de treinta metros de altura la pálida faz de ese barrio limeño que se reflejaba fielmente en las opacas aguas del Pacífico. Notó, aquí y allá, una y otra casa con alguna pared agrietada, casas que —se dijo— en realidad solo venían buscando desde hacía años un pretexto para terminar de derrumbarse y descansar en paz. (Y pensó en la vejez; y se dijo que no era el momento de hacerlo...)

De regreso, se detuvo un momento en el bazar de don Hipólito, el único almacén que lo abastecía de hierba mate. El paseo le había tomado toda la mañana. Subiendo las escaleras hacia su departamento, pensó en invitar a Labarthe a almorzar ahora que, más que vecinos, eran en cierto modo inquilinos de un mismo piso; se sorprendió, sin embargo, al entrar en su cocina y encontrar allí a su amigo de pie frente a la llama sobre la que hervía una olla.

—¡Che! —exclamó Labarthe como solía llamarlo cuando estaba de buen humor—, mi mujer salió a probarle un vestido a una clienta suya en Monterrico, y como es tan lejos no estará aquí para prepararme el almuerzo y pensé que no te molestaría... ¡Hay para todos, por supuesto!

Néstor Labarthe le relató a su amigo y ahora invitado, cómo había sido ese primer día de trabajo en el nuevo taller. Le informó que solo había perdido, con tremendo derrumbe, dos frascos de cola para suelas y un solo pomo de tinte de cuero; le dijo que la máquina de coser —se sonrió con la comida entre los dientes— funciona-mejor-luego-de-que-esos-ladrillos-le-cayeron-encima; le hizo saber que desafortunadamente —era, sí, la única otra pérdida— tendría que reponer a un cliente un par de zapatos de gamuza, porque sencillamente los origina-

les habían desaparecido entre tanto destrozo. También le dijo lo cómodo que realmente le resultaba su nuevo taller, sobre todo porque contaba con más espacio —el cuarto de Vidal, es cierto, era más grande— porque la lucerna en el techo era una bendición que le permitiría trabajar, a diferencia de antes, sin luz eléctrica durante el día.

Terminada la ligera merienda, Labarthe se fue de inmediato a su taller y cerró la puerta tras de sí. Vidal, en cambio, que en el transcurso del frugal almuerzo solo se había limitado a asentir con la cabeza las afirmaciones de su amigo, recogió los platos de la mesa y los puso en el lavadero. Prendió entonces la candela de su cocina de kerosén, puso a hervir un poco de agua y, pensativo, esperó el sollozo de la tetera para cebarse un mate.

Esa tarde pasó para Vidal, a diferencia de tantas otras tardes, agolpándose con cada momento que el péndulo del reloj en el pasadizo recordaba inexorablemente, recuerdos y nostalgias de su primera vida, como él la llamaba, de toda aquella vida que había transcurrido hasta el momento mismo cuando, una madrugada como cualquier otra, se había embarcado en una pequeña nave llamada Isidorito, sin rumbo determinado. Se dijo —y lo hizo en voz alta— que, a no dudarlo, todo recuerdo envejecía, porque era algo así como consumir un poco de la vida de ese momento para revivir un otro instante, como hacer trabajar doblemente el corazón para que alimentara la vida del momento mismo pero, también, la otra vida que el recuerdo remozaba. Y se dijo también que todo recuerdo, cuando venía acompañado de la nostalgia, era un signo inequívoco de la vejez. Y se sorprendió que, por primera vez, aceptara reconciliado, de cara al frente, este hecho ahora irrefutable. Creyó entonces sentir que los huesos le crujían y que sus dedos se ablandaban debajo de las uñas.

La tetera silbaba.

Isidro Vidal se sobresaltó, desconcertado. Escuchó el reloj marcar las seis. Se había quedado dormido en la cocina, sentado en una silla. Se levantó con dificultad. Le dolía todo el cuerpo. Apagó la candela. Y entre las penumbras de la tarde ubicó su dormitorio. Se echó sobre su cama, extenuado, derrotado como se dijo a sí mismo en el momento previo a quedarse nuevamente dormido.

El día siguiente transcurrió penosamente. Se había despertado esa mañana con una extraña sensación pastosa en la boca, como si hubiera estado bebiendo y, frente al espejo del baño donde se había dirigido sin pasar por la cocina para cebar su yerba matinal (estaba cambiando sus hábitos, pensó; síntoma inconfundible de quien pretende aferrarse a los últimos rezagos de una juventud marchita para ahuyentar la vejez, pensó), se sintió extrañamente avergonzado de su propia persona (andrajosa y desaliñada, pensó) al verse sus ropas arrugadas contra la piel.



Dos días más transcurrieron, tediosos, insoportables.

A la mañana del tercero, don Isidro Vidal decidió sacudirse un poco de la densa neblina y la humedad que se escurrían por las rendijas de su ventana, preparándose un mate y regresando a su cuarto para recostarse sobre la cama a leer. Un antiguo número de *Siete Días*, que había traído consigo de Buenos Aires; unos ejemplares de *Gente*, en los que los años de relecturas podían sumarse en las esquinas dentelladas de sus páginas; y un extraño libro llamado extrañamente *Diario de la Guerra del Cerdo* que, a pesar del verde esperanza de la carátula, por extrañas razones nunca se había decidido a leer; constituían su colección de pasatiempos.

Sintió entonces de pronto la voz de su amigo Néstor y algunas risas que la envolvían, y sintió todo eso dentro de su departamento, muy cerca del dormitorio. Salió a cerciorarse y vio a Néstor Labarthe que, flanqueado por dos hombres, entraba a la cocina, hablando amigablemente, compartiendo todas unas risas. Vidal regresó a su cuarto, se calzó, volvió a salir y entró al baño desde donde pensó que podría escuchar mejor a sus inesperados huéspedes. Entre ruidos de ollas y el roce de cubiertos sobre los platos, Vidal escuchó inconexos diálogos en los que se hacía mención al colectivo ya reparado, al temblor y al nuevo taller que-no-hay-mal-que-por-bien-no-venga. Escuchó su nombre un par de veces, y esa tercera vez no se dio cuenta de que era Labarthe que allí, de pie a su lado, le ponía un brazo sobre el hombro al tiempo que le decía:

—Vidal, Isidro, qué haces parado acá. ¡Ven! Tú conoces a mi socio. Quiero ahora presentarte a otro amigo. ¡Ven!

Vidal, sorprendido, con ese pueril sentimiento de avergonzada incomodidad de quien ha sido descubierto agazapado escuchando tras una puerta, se dejó llevar del brazo por su amigo Néstor. En la cocina, sentados, tomando café, estaban los otros.

Reconoció al socio de Labarthe en el negocio del taxi y en cuanto al otro hombre, este se lo presentó como un inversionista con mucho dinero, maestro zapatero con sus ahorros en el bolsillo, deseoso de invertirlos en el negocio de Labarthe.

Cuando, luego de unas cuantas bromas y más risas, Vidal se quedó finalmente solo, pensó en lo desubicado que se había sentido en su propia cocina, en su propia casa, y por un momento reprobó su intrusión en aquel círculo de amigos, inmiscuido arbitrariamente —pensó— en la conversación de sobremesa de tres individuos que no habían en ningún momento contado con su presencia.

Esa noche fue para Vidal otra noche de vigilia con los recuerdos, que solo interrumpió —lo recordaría tiempo después— un ruido seco proveniente de la cocina, y que atribuyó entonces tontamente a algún gato.

A la mañana siguiente, sin embargo, al entrar a la cocina encontró su mate hecho añicos en el suelo. Vidal no llegaba a encontrar una respuesta a su desdicha y, luego de contemplar por varios minutos los restos del mate sin saber qué pensar, se dijo que sería un heraldo del destino. Resuelto, fatídico, se vistió y salió a la calle a deambular hasta la hora del almuerzo. No había aún caminado mucho cuando Ofelia, la hija de Labarthe, le dio el alcance.

—Don Isidro —le dijo con cierta tristeza en el rostro que desentonaba con su voz firme y hasta desafecta—, debo pedirle disculpas por lo de anoche. Yo fui quien rompió su taza. Fui a la cocina a servirme un poco de agua y, como no conozco aún bien donde están las cosas, tropecé mi mano con su vaso, el mate quiero decir. Estaba sobre la mesa y se cayó al suelo y se rompió. No quise despertarlo. Le pido disculpas. ¡Pero la verdad es que no debería dejar usted las cosas así nomás sobre la mesa!...

Vidal no tuvo tiempo de decir nada: la chica, luego de expresarle mecánicamente lo que tenía que decir, entró de inmediato a su casa.

Caminó hacia la avenida Grau, cruzó la pista y, pensativo aunque sin pensar en nada, anduvo por todas esas calles por las que nunca antes había transitado. A la hora del almuerzo no quiso regresar a su departamento; se sintió incómodo con solo pensarlo. Entró a la tienda de don Hipólito, compró unas galletas de soda y se fue a comerlas al parque.

De regreso a su habitación, al pasar frente a la cocina, notó que la mesa había sido puesta. Unos platos con residuos de frijoles embadurnando los bordes aún la ocupaban, congregando alrededor a las escasas moscas de invierno. Notó que alguien había dispuesto arrojar a la basura los restos del mate que él había querido guardar de recuerdo. Vidal se sintió entonces invadido por una inmensa desolación, por una tristeza que lo marginaba del resto del universo; se sintió solo. Por primera vez se le ocurrió pensar que las potestades ocultas que gobiernan el mundo habían decidido darle la espalda, y que esa era la forma como se deslizaba poco a poco la vejez.

Esa misma noche escuchó ruidos al fondo del pasadizo, pero no quiso enterarse de lo que —pensó— sería muy probablemente alguna otra prueba de las desdichas que lo agazapaban.

Se despertó muy temprano y, al pensar que no podría levantarse para ir a cebar su mate, sintió una desnudez que le trajo a la memoria aquella oportunidad cuando, allá en Buenos Aires, luego de años usándolo, salió por primera vez a la calle sin sombrero y sintió que todas las miradas se fijaban en él: tuvo por un momento la sensación de que el mate había venido en cierto modo justificando, sin que él lo supiera, cada una de sus mañanas y cada uno de sus despertares.

Al salir del baño alcanzó a ver el momento mismo en que se cerraba la puerta de la pieza adyacente al taller de su amigo Néstor. Se dirigió hacia el fondo del pasadizo e intentó vanamente abrir ese otro cuarto que había mantenido clausurado por inservible. La puerta estaba cerrada por dentro.

Salió como todas las mañanas, y regresó levemente repuesto en ánimos por obra de unos tenues rayos de sol que le habían calentado algo las espaldas.

Tal como lo había intuido, encontró en la cocina a su amigo Néstor comiendo mientras que su hija Ofelia, parada frente a la llama, revolvía un guisado dentro de una olla.

Vidal saludó fingiendo una sonrisa, a la que obtuvo como única respuesta una fría mirada de Labarthe desde el fondo de su plato. Se sentó silencioso, algo confundido.

—Bueno, pues —dijo Labarthe mirándolo de frente a los ojos mientras que se pasaba una mano por la boca y, dirigiéndose a su hija, le ordenaba «Sírvele al señor»—. Habrás notado ya que Ofelia se mudó al cuarto vecino al mío. Como es una habitación vacía, que no te sirve, pensé que bien podría la gorda dormir allí. Total, en nada te incomoda y más bien ella está mucho más cómoda. —Hizo una pausa estudiada—. He esperado todo este tiempo a que te decidieras a ofrecerme ese cuarto. Al fin y al cabo te es completamente inútil. Pero no lo has hecho. Por eso me tomé la libertad... en fin... —Y sin despedirse, luego de un silencio prolongado, Labarthe se levantó y se fue. Ofelia recogió los platos de la mesa, los puso en el lavadero, los remojó y salió igualmente sin decir nada.

Vidal no comprendía; se dijo que no comprendía nada de lo que estaba pasando. Tuvo una extraña sensación, mezcla de desilusión y desamparo. Los pensamientos se le atolondraban en su mente, agolpándose desordenadamente. No podía ser —pensó— que alguna vez Labarthe le hubiese solicitado ese otro dormitorio y que él se hubiese olvidado. No podía ser —pensó— que, con la vejez, estuviese olvidándose de las cosas. Pensó entonces que la vejez era la única culpable de su deterioro físico pero también del desafecto de sus amigos. Se puso de pie y salió de la cocina, asqueado, como si allí estuviesen, pegados en las capas de grasa que embadurnaban las paredes, todos los males que lo perseguían.

Entró a su dormitorio. Notó la tranquilidad que le inspiraban esas cuatro paredes que desde hacía algún tiempo eran las únicas que le daban confianza. Cerró la puerta y se quedó contemplando desde ese ángulo el cuarto que se extendía a sus pies, la cama a la izquierda, una cama de doble plaza, incómoda, pero ya amoldada a su cuerpo (o mi cuerpo amoldado a ella, pensó); la cómoda frente a la cama sobre la que, desteñidas, agonizaban al fuego lento de los rayos de sol y de las cenizas del tiempo, unas cartas inconclusas comenzadas hacía



demasiados años, dirigidas a Rey, a Jimmi, a Dante; una silla debajo de la ventana; la mesa de noche con el mármol cuarteado y la bacinica despostillada asomando obscenamente por debajo del catre. Miró todo eso, volvió a mirarlo, lo miró varias veces, y se sintió tremendamente abandonado.

Pensó entonces, no sin cierto temor, que había entrado en esa etapa de la vejez en que se siente pena y hartazgo por uno mismo, y pensó que ya nada le importaba. Sintió así, en ese mismo instante, que venía de asistir al cisma de ese universo interno de presupuestos vitales, de los que nunca antes había dudado, tales como la amistad, el amor o su propia virilidad, y que ahora se distorsionaban como aquellas figuras humanas en las galerías de espejos de los parques de diversión, que tanto le habían gustado de chico.

A la mañana siguiente decidió Vidal ir hasta Lima para comprar un mate. Indagó en diversos comercios del lado del mercado central donde don Hipólito le había dicho que averiguara. Pero, desilusionado de no encontrarlo, regresó a Barranco.

Entró en su departamento y escuchó vivas voces que provenían de la cocina. Pensó que estaría allí su amigo Néstor con sus socios, y quiso por eso escabullirse a su pieza sin que lo vieran. Observó, sin embargo, al pasar —no pudo evitar mirar de reojo— que Labarthe no estaba allí y que, más bien, diversos comensales desconocidos eran atendidos por Ofelia mientras que otra muchacha, que reconoció del barrio, estaba cocinando. No pretendió Vidal encontrar explicación alguna; entró a su dormitorio y se recostó sobre la cama.

Los días se sucedieron con una inclemencia insoportable pero sirvieron para que, lentamente, la singularidad que había caracterizado en las primeras semanas las inconsultas modificaciones que Labarthe introdujo en casa de su amigo Vidal, se convirtiera, por su insistencia exasperante en repetirse diariamente, en monótona costumbre. Por eso mismo, no le sorprendió mucho a Vidal que un día, luego de largo tiempo sin verse ni hablarse, Labarthe lo invitase a almorzar en su propia cocina, convertida entre mediodía y las dos de la tarde en un verdadero restorán de barrio. Y luego de los agradecimientos de rigor por la forma como venía ayudándolo, Labarthe le planteó a su huésped la imperiosa necesidad que tenía de ocupar el último de los cuartos vacíos con el fin, según le explicó, de ampliar su taller de zapatería, ahora que había empleado a Isidorito para que le trabajase la parte del Dodge que le correspondía a la familia.

Vidal, que, más que escuchar a su amigo, había estado intentando buscar una adecuada definición de la amistad, no tuvo reparos en acceder a la solicitud de Labarthe, agradeciéndole, por el contrario, que le hubiese consultado antes de proceder. Y cuando estuvo solo, mientras orinaba en el baño, se miró en el único rincón del espejo que unas medias de seda de mujer colgadas habían res-

petado, y se dijo que era un cobarde. Se prometió entonces —y se lo dijo en voz alta— que nunca más se miraría en un espejo.

La vida tiene extrañas formas de retribuirse la gratitud y de compensarse por lo que nos concede, pensó Vidal, mientras que, ya en su habitación, recordaba las muchas afortunadas coincidencias que, según él, le había deparado el destino. Y con esto en mente y el descubrimiento de su propia cobardía, se quedó dormido.

Muy temprano por la mañana le despertaron unos ruidos originados en la pieza colindante, que el día anterior había consentido prestarle a su amigo Néstor. Un martillo castigaba duramente la pared que separaba su dormitorio de aquella habitación. No pudo aguantar el retumbo de los golpes y se levantó. Se dirigió al baño, pero estaba ocupado. Fue al lavatorio de la cocina y, entre ollas sin lavar y restos de comida del día anterior, se enjuagó la cara.

El nuevo socio de Labarthe sí tenía aparentemente muchos ahorros, constató Vidal, pues a los pocos días de haberse iniciado los trabajos de remodelación y ampliación de su departamento, comenzaron a llegar algunas maquinarias. Y una mañana en que Vidal regresaba de su acostumbrado paseo matinal, vio un flamante letrero que colgaba casi de la ventana de su departamento y que desde entonces anunciaría, en grandes letras rojas, el sueño de su amigo hecho realidad: —Labarthe-Contreras —Calzado Fino Importado—.

Al subir a su piso y llegar a la puerta notó, perplejo, que esta se abría hacia otra puerta, seguramente —pensó de inmediato Vidal— una puerta que su amigo había instalado para convertir en un corredor independiente del resto de la casa aquel espacio que separaba un taller del otro. La idea le disgustó pero al momento encontró que, efectivamente, la separación independizaba lo que quedaba de su departamento. Mientras pensaba en esto, unas personas entraron a su casa; recordó entonces Vidal que era la hora del almuerzo.

Esa misma tarde decidió que tendría que comprar un cerrojo con candado para la puerta de su dormitorio. Sería acaso —pensó con fatídica amargura— un signo más de la vejez aquello de tratar de proteger de esa forma sus recuerdos, esos mismos que, como el manto de polvo antiguo que los cubría, llevaban impreso mucho de su propia vida. Pero esa misma tarde, al entrar, había encontrado su dormitorio artificialmente ordenado y, sobre la cómoda, junto a sus cartas y sus revistas apiladas, había descubierto una palangana con agua a un costado de la cual asomaban, temerosos, escondidos, como avergonzados de su forzada reubicación, su cepillo de dientes, un jabón y el peine. ¡Manos ajenas —se dijo Vidal— manos extrañas a ese cuarto, a esos objetos —se dijo Vidal—, manos indignas de alterar el orden que las cosas mismas se habían ido asignando poco a poco —se dijo Vidal—, habían profanado ese espacio suyo encuadrado



por esas cuatro únicas paredes amigas, y al que no le estaba permitido ingresar sino a él y, cuando él los invitaba a pasar, a sus recuerdos!

Así las cosas, su departamento reducido por una zapatería que había crecido como un gusano que sentía que le carcomía ahora las entrañas; una puerta que se levantaba, discriminante, en un corredor retaceado; el dormitorio de Ofelia que había anexado con exclusividad el único baño del departamento; una cocina que ahora rezumaba un olor a menestras, que hacía tiempo había reemplazado para siempre el otrora opimo sabor a yerba mate; Vidal se sintió por primera vez en su vida con miedo. El camino a la vejez —pensó— había sido lento pero resuelto: de la incompreensión de los hechos había pasado a la cobardía, y de allí había descendido a la agonía del temor. Por primera vez también, sintió que no quería hablarse a sí mismo, menos aún en voz alta, y que no deseaba más pensar. Pensó entonces —y se dijo que sería la última vez que lo haría— que el exilio fuera de sí mismo y de los demás era la única forma de velar al acecho de la muerte.

## II

Esa noche, una noche como cualquier otra, don Isidro Vidal tuvo un sueño. La guerra del cerdo había recrudecido. Estaba él en su habitación con Nélica, cuando vino Faber y le dijo abochornado: «Al altillo, hermano, al altillo». (Curiosamente, Faber tenía en aquel sueño la misma cara verrugosa y compungida del Néstor Labarthe de Barranco). Explicó algo de disparos, de los jóvenes turcos tratando de abrir la puerta del caserón a balazos. Luego se encontró —no recordaba muy bien cómo— se encontró refugiado en el altillo, con Faber, con el encargado del edificio y con doña Dalmacia y su nieta. Pasado el peligro, a la mañana siguiente, decidieron bajar. Y mientras él, Vidal, se asomaba a la frágil y empinada escalerita que descendía del altillo, se encontró con la cara de Faber, este otro, el de la cara verrugosa y compungida, quien, fingiendo una sonrisa, le decía, al tiempo que le cerraba la mirilla: «Te quedas, Isidro, tú no bajas. ¡Necesito tu dormitorio para ampliar mi zapatería!» Trémulo, como si el aire no llegara más a sus pulmones, vio cómo se le cerraba la portezuela mientras alguien le gritaba «¡Para siempre!»

Se despertó sobresaltado por la última visión del sueño: desde Barranco hasta Buenos Aires, todo estaba invadido de zapatos: zapatos chicos, grandes, medianos; zapatos de hombre, sandalias; zapatos de mujer, botines; todo el cielo saturado de zapatos y, colgando del espacio, un enorme letrero que decía: —La-



barthe-Contreras —Calzado Fino Importado—, destilando una tinta roja como sangre brotando de una llaga que se llamaba Isidorito.

Tenso, transpirando como si estuviese afebrado, exhausto, con el cansancio entre los huesos de quien ha dormido demasiado, se reclinó en su cama. Permaneció así varios minutos. Se pasó entonces una mano por la cara y notó que la barba estaba crecida. Pensó entonces que, seguramente, habría estado durmiendo varios días.

Recordó luego el sueño, entre vagas referencias y sensaciones de hambre, de mal gusto en la boca y en la comisura de los labios. Creyó entonces, en ese mismo instante, escuchar entre las penumbras de un amanecer que aún se resistía a serlo, la manija de la puerta que giraba; luego, a lo lejos, un susurro: «Vidal, ábreme... Vidal... » Era la inconfundible voz de su amigo Labarthe. Se lo imaginó de pie allí no más detrás de la puerta, el socio a un lado, Ofelia dos pasos atrás, esperando los tres, listos a entrar..

Vidal echó un último vistazo a su dormitorio, sus cartas sobre la cómoda apenas alumbradas por el débil amanecer, sus revistas, el libro aquél.

Entonces se recostó y cerró los ojos.

Y escuchó que la puerta se abría.

(De *Escuchando tras la puerta*. Barcelona: Tusquets, 1975)

# CARLOS CALDERÓN FAJARDO

---

Carlos Calderón Fajardo nació en Lima en 1946. Inició sus estudios en la Universidad Católica en 1964. Siguió la especialidad de Sociología y concluyó sus estudios con la tesis: *Paramonga-Pativilca: un caso de marginalidad*, 1974.

## OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

*La colina de los árboles*. Novela. Lima: Editorial Salesiana, 1980.

*El que pestañea muere*. Cuentos. Lima: La Vieja Morsa, 1981.

*La conquista de la maravilla*. Novela. Lima: Mosca Azul Editores, 1983.

*El hombre que mira el mar*. Cuentos. Lima: Mosca Azul Editores, 1989.

*La conciencia del límite último*. Novela. Lima: Mosca Azul Editores, 1990.

*El viaje que nunca termina*. Novela. Lima: Ediciones Pederal, 1993.

*La conquista de la plenitud*. Novela. Lima: Consorcio Serviuni, 2001.